

cretos del Concilio de Trento que acababan de ser publicados entonces. Aquellos príncipes no tuvieron que objetar nada á los decretos tridentinos relativos á la doctrina; pero no se atrevieron á decidirse respecto de los decretos de disciplina eclesiástica, porque temieron que arrojarían á los cabildos catedrales y al bajo clero en brazos de los protestantes. Solo el fanático cardenal-obispo Oton de Truchsess, que á su tiempo había protestado solemnemente contra la paz religiosa de Augsburgo, proclamó los decretos tridentinos en un sínodo que reunió en junio de 1567; y fuera de él proclamaron en sus respectivos dominios eclesiásticos estos decretos tridentinos sucesivamente Jacobo de Elz, arzobispo de Tréveris, Gerardo de Groesbeck y Marco Sittich, obispos respectivamente de Lieja y Constanza. Así, todavía á mediados del año 1567 escribió Canisio que las resoluciones de Trento se habían publicado en muy pocas iglesias alemanas, de lo cual se lamentaba diciendo: «A nuestros pastores les faltan confianza y valor, porque creen casi perdido el catolicismo en Alemania y no conocen sino muy pocos ó ningún príncipe con el cual puedan contar.»

En esta situación uno de los príncipes laicos mas poderosos se decidió á emprender seriamente en sus dominios la restauración del catolicismo. Este soberano fué el duque Alberto V de Baviera que había sucedido, en el año 1550, á su padre Guillermo IV, el protector celoso de los jesuitas. Los soberanos de Baviera eran casi los únicos príncipes laicos que durante todo el movimiento de reforma religiosa habían permanecido fieles á su religión antigua, haciendo al propio tiempo cuanto pudieron para conservar la adhesión de sus súbditos á la misma religión. Sus disposiciones prohibiendo estudiar en la universidad de Wittenberg, las que tomaron para fomentar la universidad de Ingolstadt, el establecimiento de la censura severa de libros, el durísimo castigo impuesto á los que se convertían á la nueva doctrina, habían tenido por consecuencia que entre todos los territorios alemanes el de Baviera continuara siendo el mas adicto al Papa, si bien también allí se fué extendiendo entre los laicos y el bajo clero el luteranismo. Desde 1550 los estamentos, en su mayor parte protestantes, la nobleza y las ciudades en las asambleas ó parlamentos de comarca, presentaron siempre nuevas exigencias religiosas, ya la comunión en ambas especies, ya la supresión del celibato del clero, una vez la supresión de los ayunos forzados, otra la libertad de predicar sermones protestantes.

Ya hemos dicho antes que el duque Alberto, aunque fiel á la doctrina antigua, no era fanático. Su carácter era moderado y conciliador, como el de sus colegas protestantes mas conspicuos. Sus inclinaciones eran mas mundanas; le interesaban las artes y las ciencias; le gustaban la ostentación, la opulencia y las diversiones sociales; pero su ostentación le atraía compromisos pecuniarios y para acallarlos vióse obligado, el mismo año en que llamó á los jesuitas á Ingolstadt, á conceder á sus estamentos protestantes la comunión en ambas formas y el uso de la carne en los días de ayuno. El duque creía que los magnates protestantes se mostrarían agradecidos por esta concesión y que se encargarían de pagar las deudas de su soberano; pero ni aun con eso acalló la oposición de los estamentos. En aquel tiempo en muchas partes de Alemania estaban los nobles en oposición á su señor territorial por el cual se creían perjudicados en sus antiguos derechos y de consiguiente amenazados en su existencia de señores, habiéndose ya en época anterior previsto el peligro de una guerra de la nobleza. El levantamiento de Grumbach contra el obispo de Wurzburg hizo estallar esta situación violenta; porque la nobleza territorial bávara continuó en su oposición contra el duque, decidida á no acce-

der á lo que pedía hasta que hubiese dejado completamente libre la práctica de la confesión de Augsburgo.

En la asamblea provincial de Ingolstadt de 1563 se verificó la ruptura, porque las ciudades representadas en ella y dominadas ya por la influencia jesuita renunciaron á presentar nuevas exigencias religiosas; y hallándose los preladados del lado del soberano, la nobleza de oposición capitaneada por el conde Joaquin de Ortenburgo perdió la esperanza de conseguir su objeto, por cuya razón los nobles, irritados con su jefe, se retiraron de la asamblea y negociaron entre sí lo que convendría hacer, en cuya correspondencia no se trató muy bien al duque. El conde de Ortenburgo pasó decididamente á las obras y empezó á introducir en su condado el protestantismo, esforzándose por inducir á sus colegas á que le imitasen. Entonces el duque tomó una actitud enérgica, y antes de concluir el año 1563 ocupó con fuerza armada los castillos del conde, confiscó sus posesiones y expulsó del país á los clérigos protestantes llamados por éste.

Habiendo caído en manos del soberano las cartas de los colegas del conde, que les comprometían en alto grado, tuvieron que solicitar el perdón y prometer obediencia. La oposición de la nobleza bávara quedó sofocada para siempre, y con ella los restos del movimiento protestante en la Baviera. En la asamblea provincial inmediata se encargaron los estamentos de pagar las deudas del soberano sin decir una palabra de religión.

Desde entonces empezó á dominar la corriente anti-protestante y vigorosa. Por la influencia de los jesuitas y del canciller Dr. Simon Tadeo Eck, que era la cabeza de la tendencia católico-romana, se decidió el duque á entrar en la política ultramontana inexorable, de la cual la casa de Baviera no se apartó ya un ápice hasta la paz de Westfalia. Su objeto fué la extirpación completa del protestantismo y el dominio exclusivo del catolicismo en sus territorios. En esto, es decir, en el año 1564, llegó del Papa la socilitada concesión de la comunión en ambas formas; pero ya no hizo uso de ella el duque y solicitó de la Santa Sede su anulación.

Todos los funcionarios hubieron de jurar seguir la fé romana, y hecho esto se exigió lo mismo de todos los súbditos, y los que se negaron á jurar tuvieron que salir del país. Se enviaron jesuitas á recorrer todo el territorio bávaro para velar sobre la fiel ejecución de esta orden, lo que dió motivo á muchos actos brutales. Ciudadanos protestantes fueron expulsados en grandes masas de las ciudades, y turbas de campesinos fueron arrojadas de las haciendas, y otras encarceladas y catequizadas en la cárcel por los jesuitas; no se perdonó á las madres que criaban, y los funcionarios que mostraron alguna misericordia fueron destituidos. Los jesuitas establecieron un procedimiento enteramente inquisitorial y un sistema refinado de alejar toda influencia herética prohibiendo bajo las mas severas penas á los habitantes fronterizos visitar escuelas extranjeras; á los artesanos y gente de servicio no se les concedió permiso de buscar colocación fuera del país, sino dando garantía suficiente de su firmísima fé católica; y los que á pesar de esto salieron de la Baviera quedaron para siempre expulsados del país. En los lugares fronterizos de religión mixta eran vigilados los súbditos bávaros por agentes especiales que debían enviar las cédulas de confesión con informes periódicos á las autoridades respectivas.

Las consecuencias de tan violenta persecución se hallan consignadas en una exposición que el consejo municipal de Munich dirigió con fecha 14 diciembre de 1570 al duque, y en la cual se lee que los habitantes acomodados y grandes comerciantes abandonaron en gran número la capital, que decayó rápidamente por la gran disminución de sus contri-

buciones, y que solo braceros jornaleros y otra gente pobre solicitaban ser matriculados. Los artesanos se empobrecieron y se arruinaron, y no había ciudad donde la mendicidad fuese tan grande como en Munich. Muchas casas estaban en venta, pero no encontraban compradores, y otras eran vendidas en pública subasta por una mínima cantidad. Después de exponer todo esto, solicitaba el consejo municipal la concesión dada ya anteriormente de la comunión en ambas formas, á lo cual se negó rotundamente el duque diciendo: que la autoridad que había recibido de Dios exigía que empleara con rigor todos los medios conducentes á restablecer la antigua unidad religiosa y la fidelidad debida á la santa Iglesia católica; que la gloria de Dios jamás debía postergarse á consideraciones mundanas ó políticas; que los que no quisieran conformarse podían marcharse á otra parte; que la bendición de Dios no faltaría, y que el antiguo estado próspero se restablecería pronto.

También tomó el duque Alberto las disposiciones mas severas contra la literatura herética, en lo cual se mostraron los jesuitas instrumentos inapreciables. A despecho de todos los esfuerzos del duque anterior, se habían propagado por toda la Baviera los escritos reformistas y en las familias de las ciudades como en las chozas de los campesinos se leían estos escritos con afán; porque con la nueva doctrina se había propagado también el arte de la lectura. En 1561 la comisión de censura empezó, bajo la dirección de los jesuitas, su guerra sistemática contra la literatura protestante. Se prohibió á los libreros la venta y propagación de todos los libros, tratados, hojas sueltas y grabados contrarios á la religión católica y favorables á las sectas; y como los libreros excusaban sus frecuentes contravenciones con su ignorancia, se publicó una nueva orden según la cual no podrían vender impresos sino los libreros establecidos en la misma Baviera ó en otras ciudades completamente católicas como en Viena, Innsbruck, Roma, etc., bajo pena, en caso de contravención, de perder su concesión. En 1569 se publicaron una lista de libros prohibidos y otra de libros permitidos y propios para clero, ó bien para el pueblo; siendo estos últimos libros en general edificantes y religiosos. En el mismo año se dió un reglamento para la enseñanza, que ya estaba casi enteramente en manos de los jesuitas, en cuyo reglamento quedó reducido á lo mas insignificante el estudio de los autores clásicos de la antigüedad. De este estudio quedaron completamente desterrados Horacio y Virgilio, y sustituidos en la enseñanza por los escritos de Prudencio y de Jerónimo; las poesías de Ovidio fueron reemplazadas por obras de san Ambrosio, y las cartas de Ciceron y de Plinio por las epístolas de los padres de la Iglesia. Hasta fueron prohibidos libros tan inocentes como gramáticas, siempre que sus autores fueran protestantes. El mismo duque hizo revisar por los jesuitas su propia biblioteca, muy numerosa, para quitar de ella todas las obras sospechosas. Fué esta una guerra de destrucción contra toda la literatura clásica y anti-católica y contra todo alimento intelectual sano, robusto y propio para excitar el criterio individual. A esta obra se dedicó el duque Alberto, conocido antes por amigo de las ciencias y de las artes.

A fin de hacerla mas eficaz se empezaron á adoptar las disposiciones necesarias para quitar al pueblo la aptitud de leer, en lo cual se distinguieron también admirablemente los devotísimos padres de la Compañía de Jesús; pero en cambio se introdujeron en Baviera, antes que en ningún otro país alemán, las bellas artes como las entendía el ultramontanismo para servir también de modelo en este punto. En Munich se levantaron las primeras iglesias alemanas en el estilo llamado jesuita y en ellas resonaron los embriagadores acordes de

Orlando Lasso, el introductor en Alemania de la música de la Iglesia católica renovada.

La despoblación y el empobrecimiento del país y la limitación intelectual de sus habitantes fueron las tristes consecuencias de la política de restauración religiosa, para la cual se asociaron el soberano de Baviera y los jesuitas, consiguiendo con tales sacrificios que la Baviera llegara á ser el baluarte del catolicismo en Alemania. Munich fué el centro de la propaganda impresa y de la reacción católica. Los jesuitas ensalzaron la capital de Baviera como la Roma alemana y al duque Alberto como otro Josías y otro Teodosio; y á fé que este soberano se mostró infatigable protector, hasta donde llegaban su poder é influencia, de la gran causa de la cual se creía representante.

Cuando á la muerte del conde Ladislao, en 1567, la corona de Baviera adquirió el condado del Haya que atraviesa el río Inn, se dió prisa el duque bávaro á expulsar de aquel territorio á los protestantes y hacerlo católico. Llamó á su capital, para que le educaran allí los jesuitas, al joven marqués de Baden-Baden, de quien era tutor, y al propio tiempo envió al marquesado, para restaurar allí el catolicismo, al conde de Schwartzenberg y al jesuita Jorge Schorich, que ya se habían distinguido en la conversión de la Baja Baviera. Inútiles fueron las protestas de los habitantes luteranos: tuvieron que presenciar la expulsión de sus predicadores y la instalación de maestros católicos en sus escuelas, hasta que después fueron expulsados del país todos los protestantes, de suerte que al cabo de dos años, en 1571, quedó conquistado todo el marquesado de Baden para el catolicismo.

LOS OBISPADOS DEL NOROESTE DE ALEMANIA

Mucho valía la propaganda ultramontana que se hizo en Baviera por su soberano en sus dominios y en los puntos que estaban bajo su influencia, en los cuales estableció á la fuerza el dominio exclusivo de la religión católica; pero mas importante era todavía convertir á la religión católica á las dinastías que se habían pasado al protestantismo ó que estaban á punto de salir del gremio católico y dar el gobierno de los territorios eclesiásticos, donde iba haciendo progresos el protestantismo, á católicos de confianza y de valor que pudiesen atraer nuevos territorios á la Iglesia católica antigua. Hallándose las sillas episcopales del Mediodía de Alemania, incluso los arzobispados de Maguncia y Tréveris, en manos de católicos y de consiguiente bajo el dominio de la Iglesia romana, convenia fijar la vista en los principados eclesiásticos que, según la interpretación de los católicos, debían hallarse en manos de éstos. Los obispos, aun los de los pueblos católicos, no tuvieron ni poder ni valor para proceder enérgicamente contra los protestantes que se habían introducido en sus territorios. Preferían dejar este trabajo difícil á los jesuitas, á quienes llamaron para esta misión y á quienes protegían para que la cumplieran con la mayor eficacia, como la cumplieron, obteniendo triunfos tan sorprendentes como brillantes. Pero los obispados del Norte de Alemania, al Este del Weser, en 1560 y 1570, estaban casi enteramente convertidos al protestantismo; y no solamente los pueblos, sino hasta los cabildos de las catedrales eran del todo ó en su mayor parte partidarios de la nueva doctrina. El dominio territorial estaba en manos de príncipes protestantes, ya que éstos se hubiesen incorporado simplemente el territorio eclesiástico á sus dominios ó que hubiesen encargado la administración del obispado hecho protestante á un segundón de su casa. En los territorios eclesiásticos católicos, el protestantismo, por extendido que estuviere en algunos, tenía poca esperanza de llegar á predominar, mientras

el catolicismo no tenia absolutamente ninguna de predominar en los obispados que se habian hecho protestantes, donde estaba casi completamente extinguido el catolicismo. En aquellos territorios católicos se robusteció cada vez mas, bajo la influencia de los jesuitas y de los dos príncipes eminentes que habian quedado fieles al catolicismo (sobre todo bajo la influencia de Baviera), la tendencia católica, mientras en los territorios eclesiásticos protestantes se vigorizaba la tendencia contraria. Quitar al protestantismo estos obispados del Nordeste de Alemania, ora fuese por influencias electorales, ora por propaganda, era empresa que apenas habia sido intentada tímidamente por algun político católico; y los mismos jesuitas, al llegar á las fronteras confines de estos obispados, detuvieron sus pasos y comprendieron que era menester emplear otros medios para conquistar estos territorios, de los cuales hablaremos mas adelante.

Otra era la situacion en los obispados de la Alemania del Norte al Oeste del Weser. Tambien allí los habitantes en su mayor parte eran adictos á las ideas protestantes. La doctrina y el culto luteranos predominaban; la comunión en ambas formas, así como los cánticos religiosos alemanes, estaban establecidos en todos los templos; se habia reducido el número de sacramentos; la extremaunción estaba completamente abolida, y nadie tomaba parte ya en las procesiones.

No estaba tan en auge el protestantismo en el arzobispado de Colonia, si bien contaba tambien allí con gran número de partidarios. Solo en la capital predominaba positivamente el catolicismo, aunque tampoco en su forma mas intolerante y rígida, como lo querian los jesuitas y las resoluciones del Concilio Tridentino. Ya hemos dicho antes lo difícil que fué para los jesuitas establecerse sólidamente en Colonia; pero se daban las circunstancias importantes de que estos territorios no se hallaban en poder de grandes familias soberanas láicas, ni era seguro que su gobierno cayera siempre en manos de católicos firmes; por manera que en realidad no se sabia si en estos obispados triunfaria finalmente la religion católica ó la protestante, pues que esto dependia del modo de proveer las sillas. Por tanto se entabló una lucha violenta y tenaz entre los dos partidos religiosos, en la cual se mezcló la España, porque para Felipe II era no solamente cuestion religiosa, sino tambien altamente política, la de fijar la religion que habia de predominar en aquellos territorios.

El círculo de Borgoña del Imperio aleman, que se hallaba bajo la soberanía de Felipe II y el cual este rey estaba decidido, como ya hemos dicho antes, á someter á su yugo político y religioso, confinaba del lado de Alemania con el círculo de Westfalia y aun en muchas partes se compenetraban ambos círculos. El de Westfalia, que comprendia multitud de dominios de diferentes señores grandes y pequeños, se componia principalmente de los ducados de Julich, Berg y Cléveris y el condado de la Marca, cuyos territorios en 1521 habian sido reunidos en uno solo que ocupaba en ambas orillas del Rhin el espacio desde los rios Ahr y Sieg hasta la frontera de los Países Bajos y tenia una extension que hacia de este país uno de los más grandes y poderosos del Noroeste de Alemania. A su lado habia otros territorios eclesiásticos de mayor extension todavia y que imprimian al círculo su carácter especial. El primer puesto por su extension é importancia entre estos territorios eclesiásticos correspondia al obispado de Munster, que confinando con Cléveris se extendia á lo largo de la frontera holandesa hasta el rio Dollart. A la izquierda del Rhin se extendia atravesando el círculo de Borgoña el obispado de Lieja, que hasta la frontera de Francia era el único obispado del círculo de Westfalia que estaba sometido en toda su extension á la influencia de España y que por lo mismo continuó siendo

completamente católico. Hacia al otro lado del obispado de Munster se hallaban los de Osnabruck y Paderborn, confinando este último con el landgraviato de Hesse que formaba parte del círculo del Alto Rhin, mientras que el Weser lo separaba del ducado de Brunswick que formaba parte del círculo de la Baja Sajonia. A estos obispados principales se agregaban otros dos de menor extension, el de Minden á la derecha del Weser y el de Verden á la izquierda, confinando además aquel con el obispado de Osnabruck y éste con el de Bremen. Entre estos dominios eclesiásticos habia un gran número de Estados medianos y pequeños láicos, en su mayor parte condados, como el de la Frisia oriental, Oldenburgo, Hoya, Diepholz, Ravensberg, Lippe y otros, en los cuales como en el de Julich, Berg y Cléveris predominaba la nueva doctrina y en algunos estaba hasta reconocida oficialmente. El arzobispado de Colonia se hallaba casi completamente encerrado entre territorios pertenecientes al círculo de Westfalia, hallándose los obispados de Westfalia subordinados al arzobispado de Colonia como silla metropolitana, como igualmente los obispados de Borgoña, hasta que fueron incluidos por Felipe II en el arzobispado de Utrecht.

Sabido todo esto, se comprende la importancia que hubo de adquirir esta region en una época en que la suerte tanto política como religiosa de los Países Bajos vecinos y habitados por un pueblo de la misma raza, estaba á punto de decidirse en lucha sangrienta. Todos los planes de Felipe II contra sus provincias rebeldes habrian resultado completamente vanos, ó cuando menos habrian sido mucho mayores las dificultades con que tuvo que luchar el gobierno español, y la guerra habria adquirido otro carácter enteramente distinto, si las provincias sublevadas hubiesen tenido á sus espaldas una falange de territorios protestantes; si hubiesen podido darse la mano la Holanda y el Hesse, y si el príncipe de Orange hubiese conseguido quedar en contacto inmediato con su territorio de Nassau. Por esto importó en gran manera á la España ganar todos estos territorios eclesiásticos y láicos de Westfalia para la religion católica y para la política española, formando tambien un poderoso territorio intermedio y ultramontano entre las provincias holandesas protestantes y los territorios protestantes mas allá de la Westfalia. Este territorio intermediario podia servir de base á las operaciones dirigidas contra los Países Bajos y la Alemania protestantes.

No hay para qué decir que la curia aprobó y apoyó esta política. El Concilio Tridentino acababa entonces de efectuar la reforma interior de la Iglesia romana, y poco despues habia muerto el papa Pio IV que habia considerado esta reforma como principal objeto de su vida. Con los papas que le sucedieron, Pio V (desde 1566 hasta mayo de 1572) y Gregorio XIII (desde 1572 hasta abril de 1585) se siguió la Iglesia fortificada y reorganizada para proceder al ataque, con el propósito de poner en vigor las resoluciones del Concilio de Trento en todo el ámbito del cristianismo. Para este fin el Padre Santo empleó cuantos medios le parecieron oportunos, ya la persuasion del cardenal Commendone, ya la crueldad del duque de Alba, ora las brutalidades de la soldadesca española, ora las astucias de la Compañía de Jesús (1). Ya hemos visto que Pio V se felicitó al estallar la gran lucha del Occidente de Europa, que se puso con sus consejos y sus actos del lado de Felipe II y de los Guisas, que instigó al primero á emplear las armas contra los holandeses, y envió un contingente armado contra ellos, encargando á esta tropa al despedirla que no diera cuartel

(1) La época era de intolerancia por una y otra parte; y cada una consideraba la doctrina de su contraria como veneno que era preciso destruir por todos los medios posibles. (N. del T.)

á los herejes. Gregorio XIII dió por base á la Iglesia la propaganda, lo que explica los esfuerzos de este Papa, mayores que los de ningun otro, en favor de la Compañía de Jesús dedicada por entero á esta propaganda. Gregorio XIII fundó treinta y dos colegios nuevos para los jesuitas, y apenas hubo una escuela de jesuitas que no recibiera socorros de este Papa. El fué quien dió al colegio romano, escuela

combatiente de los jesuitas establecida en Roma (1551), su forma actual y quien erigió de nuevo en 1573 el colegio germánico, fundado á instancias de Loyola, que estaba á punto de disolverse.

Este establecimiento estaba destinado á educar jóvenes alemanes para eclesiásticos en sentido rígido católico, ó como dice la bula de fundacion: «para ir como atletas espiri-



El papa Gregorio XIII. Facsimile del grabado de Pedro Yode (1570-1634)

tales á su país, aumentar allí con su ejemplo, sus sermones, enseñanza y cura de almas la gloria de Dios, destruir la ponzoña de la herejía, y plantar de nuevo la fé católica donde se hallara exterminada.» El mismo Papa fundó colegios análogos casi para cada nacion europea, para los ingleses, los griegos, los húngaros, etc.; establecimientos en los cuales se formaron jóvenes de las respectivas naciones en sentido jesuitico, para luchar en su patria á favor del ultramontanismo.

Cuando Gregorio XIII subió á la silla de San Pedro, se hallaba en su mayor altura el gobierno de terror del duque de Alba en los Países Bajos. Pocos meses despues dió la Francia al mundo el infame ejemplo de la noche de San Bartolomé, que pareció al Padre Santo un hecho heroico

digno de la mayor alabanza. Mostróse este Papa infatigable en sus proyectos contra los herejes y favoreció cuantas empresas se emprendieron contra ellos; instó al rey de España sin cesar á que hiciese la guerra á la reina archi-herede de Inglaterra; excitó al duque de Baviera en sus trabajos de restauración católica, recompensándole con atribuciones eclesiásticas latas, y dándole una especie de vigilancia superior espiritual sobre los obispos de su país; anuló la disposicion del Concilio de Trento relativa á la residencia de los clérigos, en cuanto se referia á la casa ducal para favorecer á su hijo con nuevas prebendas y señoríos eclesiásticos.

La casa ducal de Baviera, que en sus propios dominios habia restablecido el catolicismo con tan cruel energía,

podía ser comparada con la de los Guisais en Francia, tan favorables á los planes del rey de España; solo que el jefe del Imperio alemán no dió al duque de Baviera ocasion como el rey de Francia á los Guisais para intrigar contra él.

Con la aparición del duque de Alba en los Países Bajos, que fué la señal del gran movimiento en el Occidente de Europa, empezó á dejarse sentir en el Noroeste de Alemania el efecto de la actividad de España, de Baviera y de Roma; figurando desde entonces aquella parte de Alemania como un eslabon en la série de movimientos, pues que la mision de Alba no fué solamente someter las provincias de Flandes, sino tambien conseguir la preponderancia de España y de Roma en los países fronterizos de Alemania. Simultáneamente se procedió al ataque contra el ducado de Julich y Cléveris, contra los obispados de Westfalia y contra el arzobispado de Colonia. El ataque consistió por lo pronto en una propaganda católica decidida, empleando la persuasion, la intimidacion, la corrupcion, el soborno y las intrigas electorales, á cuyos medios se agregó muy pronto el empleo de las armas materiales.

Hasta el año 1552 habian estado reunidos los tres obispados de Westfalia (Münster, Osnabrück y Paderborn) en manos de Erico de Grubenhagen, que estaba en buenas relaciones con los potentados alemanes principales adalides de la reforma religiosa; y no agradándole la extension excesiva del poder del Papa, habia hecho grandes progresos el protestantismo bajo su gobierno. A su muerte, que ocurrió en 1532, pasó Paderborn á manos de Hermann de Wied, arzobispo de Colonia, y los obispados de Münster y Osnabrück á Francisco de Waldeck que era ya desde 1530 obispo de Minden. El arzobispo Hermann se hizo por el año 1540 protestante, y se propuso introducir la reforma religiosa en todos sus territorios, cuya tentativa pagó con la pérdida de su silla. Tambien Francisco de Waldeck, á pesar de haberse obligado en su capitulacion á hacer la guerra á la religion reformada, abandonó por el año 1540 la senda del catolicismo rígido y adoptó la religion protestante que profesaba la mayoría de sus súbditos, con cuyo motivo se rodeó de predicadores luteranos y entró en la liga de Smalcaldia en 1543. El arzobispo de Colonia protegió tambien la nueva doctrina; por manera que bajo el gobierno de estos dos obispados la reforma religiosa se apoderó cada vez mas de sus cinco obispados, y aunque las tendencias de Waldeck no tuvieron un fin tan súbito y funesto como las del arzobispo de Colonia, no dejaron de oponerle grandes obstáculos los cabildos de las catedrales de Osnabrück y de Münster que continuaron fieles á la Iglesia católica; y el de Munster llegó hasta á acusar á su obispo en Roma de herejía (1547).

Despues de la caída del arzobispo de Colonia en 1547 y de la muerte de Francisco de Waldeck en 1553, fué elegido arzobispo de Colonia Adolfo de Schauenburg, al cual siguió en 1556 su hermano Antonio y sucesivamente en 1558 Juan Gebhard de Mansfeld y en 1562 Federico (IV) de Wied.

Paderborn, que se separó de Colonia, obtuvo por obispo á Rembert de Kerssenbroik; para la silla de Munster fué elegido en 1553 Guillermo Ketteler y en 1557 Bernardo de Raesfeld; ocupó la de Minden en 1553 Jorge de Brunswick, y la mitra de Osnabrück fué conferida á Juan de Hoya. Despues de la muerte del duque Cristóbal de Brunswick-Wolfenbuttel, que ocurrió en enero de 1558, fué encargado el obispo de Minden, Jorge de Brunswick, de los gobiernos de los obispados de Bremen y Verden; de suerte que llegó á ser el único que poseía varios obispados. Esta segunda generacion de obispos del Noroeste de Alemania no manifestó todavía especial celo católico, y si bien Adolfo de

Schauenburg restableció en Colonia el culto romano, era demasiado tímido, lo mismo que sus dos sucesores, para detener enérgicamente en su diócesis la propaganda de la nueva doctrina. Tampoco pudieron hacer gran cosa los jesuitas establecidos en Colonia, que enseñaban en el instituto de segunda enseñanza y en la universidad, pero que se vieron expuestos al odio de los mismos católicos. Federico de Wied, sobrino del obispo reformador ó de tendencias protestantes de Colonia, se habia hecho ya sospechoso en Roma de ser poco ortodoxo. Reclamó la concesion de la comunión en ambas especies y la supresion del celibato del clero, que habia sido concedido ya á los protestantes por el arreglo interino, y esta reclamacion le atrajo el odio de los jesuitas. Habiéndose negado tenazmente á abandonar estos principios conciliadores y á profesar el credo tridentino, prefirió renunciar (setiembre de 1567) á su dignidad, á ceder á las instancias del legado Commendone.

El obispo Remberto, septuagenario cuando se encargó del gobierno de Paderborn, profesaba principios antiluteranos, pero estaba convencido de la necesidad de una reforma de la Iglesia romana. Lo primero que hizo en su nuevo puesto fué permitir el matrimonio al clero y establecer la comunión en ambas formas. Gracias á su gobierno tolerante se extendió en su obispado la nueva doctrina cada vez más. El ayuntamiento y el pueblo de la capital la habian adoptado y á la muerte del obispo no habia en Paderborn mas que unas cuarenta personas que comulgaban conforme al rito católico. En los lugares del campo donde se mantuvieron los párrocos católicos en sus iglesias, los campesinos dispusieron para el culto protestante una era.

El obispo Guillermo Ketteler, descendiente de una familia noble territorial de Munster, persona muy digna y equitativa, permaneció fiel á la Iglesia antigua, y desaprobó todo acto de apostasía; pero tampoco se le ocultaba que en la religion católica se habian introducido multitud de abusos paganos y muchos errores con apariencias de instituciones divinas. En lugar de aprobar estas extralimitaciones eclesiásticas pidió como su colega de Paderborn que la Iglesia introdujera reformas. Estaba conforme en que no se toleraran herejes, pero no quería que se llamara hereje á aquella gente piadosa que enseñaba la palabra divina con mayor pureza que la curia romana, que usaba los sacramentos tales como habian sido instituidos por Cristo, y que se aplicaba con gran afán á extirpar los abusos que se habian introducido y á establecer el culto verdadero. Se inclinaba, pues, á las ideas protestantes y naturalmente tuvo en su favor la inmensa mayoría de sus súbditos, tanto mas cuanto que, segun testimonio de sus contemporáneos, era un soberano benévolo que gobernó el obispado con honradez y sabiduría. Hacia muchas obras de caridad en secreto, y no queriendo, prestar el juramento tridentino, por no poder cumplirle sin violentar su conciencia, dimitió su cargo (diciembre de 1557).

Bernardo de Raesfeld, que le sucedió en la silla de Munster, hijo tambien de una familia noble del país, era mas partidario que su predecesor de la universalidad de la Iglesia romana y estaba menos convencido que aquel de necesidad de la reforma; pero era amigo firme de la paz religiosa, y si bien odiaba la formacion de sectas, no quiso emplear la fuerza contra ellas porque profesaba el principio de que no se debía oprimir á las conciencias con medidas brutales; y cuando al llegar Canisio á Munster, despues de la clausura del Concilio de Trento y de haber recorrido las cortes eclesiásticas de Alemania para entregarles las resoluciones adoptadas en aquel concilio, una parte del cabildo de la catedral se declaró á favor de estas resoluciones, el obispo, no

queriendo emplear la fuerza para hacerlas aceptar, dimitió el gobierno (en 25 de octubre de 1566).

De Jorge de Brunswick, que en sus obispados permitió la comunión en ambas formas y el matrimonio del clero y que en general era partidario de la nueva doctrina, se decia que era *vix catholicus*.

Muy diferente de los citados prelados era el nuevo obispo de Osnabrück Juan de Hoya, de edad de 24 años, hijo de una familia conde de Westfalia y pariente próximo de Gustavo Wasa, cuya esposa era tia materna del joven obispo. Habia ya viajado mucho y sus contemporáneos alaban su inteligencia y grande erudicion. Era un prelado de costumbres cortesanas, de corta hacienda propia, de ideas poco sólidas y enemigo de indisponerse con nadie. Profesaba la antigua religion; era del partido del emperador y del rey de España; estaba en relaciones tambien con el Papa, y además era amigo del cardenal obispo de Augsburgo, Oton de Truchsess, á la sazón apoyo principal del partido católico en Alemania; pero nada de esto le impidió hacer lo que convenia á sus intereses cuando su tio el conde Erico le encargó en su testamento que protegiera el púlpito protestante en su dominio de Stolzenau, enviara un representante al concilio de Trento y se hiciera consagrar. Marchó por la senda media que habian adoptado sus colegas vecinos; y cuando contestó con una evasiva á la invitacion de hacerse representar en el Concilio, dijo Commendone con sorna que era uno de aquellos príncipes católicos que, confiando enteramente en su fé, se creen dispensados de las obras.

Hay que notar, sin embargo, que este obispo fué el primer soberano eclesiástico del Noroeste de Alemania que procuró entrar, y entró en efecto, en relaciones de dependencia con Felipe II, con el cual hizo en 11 de noviembre de 1555 un convenio. En su virtud el joven obispo soberano se puso por diez años con su obispado y su condado bajo la proteccion y clientela del rey como señor de los Estados hereditarios de Carlos V en la Baja Alemania. Se obligó por tanto á prestarle todos aquellos servicios que corresponden á un aliado y protegido (*socio et clienti*); abrirle á él ó á su lugarteniente, en caso necesario, todas sus fortalezas y ciudades; auxiliar á las tropas reales con provisiones, dándoles libre paso; tener á los amigos y enemigos del rey por amigos y enemigos suyos, y auxiliarse contra estos últimos. En cambio el rey le prometió procurar que cuantos le atacaran ó amenazaran sin razon ni motivo desistieran de su intento, y auxiliarse contra ellos en caso necesario hasta donde le fuese posible. Poco importaba que el cabildo de la catedral y los estamentos aprobasen ó no este tratado; de todos modos se habian establecido entre el obispo y el rey de España íntimas relaciones que podian desarrollarse hasta llegar á ser un verdadero vasallaje. Por supuesto que el obispo estaba entonces tan lejos de hacerse vasallo de España como de ponerse á la disposicion incondicional de Roma.

Añadamos ahora que en los territorios de Julich y Cléveris la situacion era análoga á la de los territorios eclesiásticos colindantes; pues su soberano, el duque Guillermo V, que reinaba en los citados territorios desde 1539, era un amo benévolo, de no muy grande energía é inclinado en materia religiosa á la nueva doctrina, cuya introduccion oficial estaban pidiendo con insistencia los estamentos, casi enteramente protestantes. No quiso ir tan lejos este soberano, ni separarse del todo de la Iglesia cristiana universal; pero reconocia que era necesidad ineludible de la época una reforma radical de la Iglesia en el sentido de Erasmo. Profesando estas ideas y estando además en relaciones con los principales soberanos protestantes de Alemania, se fué acercando cada vez mas á

la línea divisoria entre la religion antigua y la nueva, hasta que finalmente estableció en su corte el culto enteramente á la manera protestante por medio de su predicador de palacio Gerardo Veltius. Es muy posible que á no ser por las consideraciones que guardaba al emperador y á sus poderosos vecinos de Maguncia y Tréveris, y principalmente al rey de España, se hubiera separado definitivamente de Roma; pero le impuso respeto el rey de España, con el cual le convenia evitar toda colision desde el fracaso de su tentativa atrevida para disputar con las armas á este poderoso soberano la herencia de Gueldres, tentativa que habia tenido que pagar con el humillante convenio de Venlo (setiembre de 1543).

Al presentarse, pues, el duque de Alba en los Países Bajos, ó sea por el año 1566, cuando el catolicismo habia perdido ya definitivamente los obispados orientales del Norte de Alemania, la situacion era tambien poco favorable para los católicos en el Noroeste de Alemania, donde las poblaciones se mostraban adictas en su mayor parte á la doctrina nueva profesándola con toda la seriedad y tenacidad de los alemanes del Norte. Verdad es que los soberanos continuaban siendo católicos, pero se manifestaban muy tolerantes con la predicacion del evangelio luterano, y casi todos deseaban una reforma dentro de la Iglesia antigua, y la reunion en una sola iglesia por vía pacífica de católicos y protestantes. Casi todos se hallaban muy distantes de la corriente romana, entonces moderna, que se habia consolidado con las resoluciones del Concilio Tridentino y cuyos defensores especiales eran los jesuitas que se proponian la extirpacion de la doctrina nueva. En resumen podia esperarse entonces dentro breve tiempo en aquellos países mas bien el establecimiento definitivo del protestantismo que su reconquista para la Iglesia católica romana.

En esta situacion se operó un cambio por influencia extranjera en favor del catolicismo, cuyo cambio no se habria presentado ciertamente si se hubiese permitido el libre desarrollo de los intereses y deseos de los habitantes.

LA LUCHA POR EL EPISCOPADO DEL NOROESTE DE ALEMANIA

Por lo pronto, aun despues del año 1566, no pareció que la propaganda hispano-ultramontana prosperaria en el Noroeste de Alemania; porque si bien por fallecimiento del duque Jorge de Brunswick, que murió en 1566, quedaron separadas las mitras de Bremen, Minden y Verden, todas tres cayeron en manos de príncipes adictos á la nueva doctrina. El arzobispado de Bremen, enteramente protestante, en el cual poco antes se habia reconocido é introducido oficialmente la doctrina luterana, fué dado al joven duque Enrique V de Sajonia-Lauenburgo que solo contaba diez y seis años de edad; Verden correspondió á Everardo de Holle, obispo de Lubeck, y el obispado de Minden fué conferido al conde Hermann de Schauenburgo, quedando así perdidos para la Iglesia antigua, lo mismo que Bremen, estos dos territorios eclesiásticos del círculo de Westfalia.

En la eleccion del nuevo arzobispo de Colonia verificada en 1567 tampoco logró la curia romana su deseo. Despues de haber sacado de aquella silla arzobispal á Federico de Wied hizo cuanto pudo para que fuese elegido para aquel importante cargo el cardenal obispo de Augsburgo, Oton de Truchsess, el defensor mas fanático del ultramontanismo; pero no lo consiguió, porque el cabildo prefirió elevar á la silla arzobispal á uno de sus canónigos, y eligió en diciembre de 1564 al conde Salentin, soberano de Isenburg y Grenzau, joven de 27 años. Era partidario de la religion antigua, pero enemigo de la tendencia nueva hispano-ultramontana y por